

CAPITULO V.

Milan.—Sus Calles.—Sus Iglesias.—Cementerio monumental.—Las milanesas.

§ I.

El jueves 16 de Setiembre, salimos para Milan en el tren de la noche, y á las siete de la mañana dejábamos el territorio francés, en La Bale. El terreno comienza á accidentarse y á cada instante se presenta más bello; la via ferrea pasa al pié de grandes y hermosas montañas que se suceden sin interrupcion, y sobre el bordo de inmensos y tranquilos lagos. Despues de muchas horas de camino, se pasa por el gran tunel San Gotardo, que tiene de largo 14 quilómetros, 912 metros; y dura la travesía cerca de 20 minutos; llégase en la tarde á Chiaso y se entra en Italia pasando por un tunel debajo del monte Olímpico. Á cada instante varían las perspectivas y el cielo se despeja; finalmente se llega á Milan, hermosa y alegre ciudad, bastante animada.

Esta ciudad, antigua capital del reino lombardo véneto, está situada en una fértil y extensa llanura. Sus calles están aseadas en lo general; pero no son rectas: las más concurridas son, el Corzo Victor Manuel y el de Venecia. Las fincas de Milan, si bien no pueden llamarse magníficos palacios, son decentes y están bien pintadas, dando á la ciudad un alegre aspecto.

En cuanto á templos, hé aquí los que visitamos: la Catedral, famosa por su grandeza y majestad exterior; es toda de mármol blanco: su arquitectura es gótica; y es por de fuera hermosa y alegre: penetramos en ella y todo nos pareció que cambiaba: los bellos resplandores de la luz quedaron fuera, y por dentro hay una tibia claridad que no alegra, y quita á la belleza de ese templo, sus encantos.

“Figuraos cinco naves góticas, sostenidas por cincuenta y dos gigantescas columnas, de cuyos soberbios capiteles, bordados de esculturas, arrancan elegantes bóvedas ojivales. Figuraos bajo estas bóvedas un espacio de 148 metros de longitud por 57 de anchura y 64 de elevacion. Figuraos en los muros, en los pilares y en las capillas hasta 679 estátuas, y casetones y doseletes dispuestos para otras 158 que aún quedan por hacer...”

En la parte exterior del *Duomo* hay cerca de 2,000 estátuas, y le faltan todavía bastantes. Total de estátuas que tendrá con el tiempo, 3,400 y tantas.—En la *Catedral de Milan* se trabaja incesantemente, por lo ménos así se cuenta, hace más de 500 años, y aún no está concluida. Los trabajos se han emprendido últimamente con grande actividad, y se cree que esta generacion verá terminado el colosal pensamiento de *Galeazzo Visconti*.

Sobre la puerta principal de la Iglesia, y en su lado interior, hay un gran balcon sostenido por dos columnas de granito, de una sola piéza, cuya longitud es de

siete metros, por un metro y veinte centímetros de diámetro. Estos dos trozos de piedra son los mayores que existen en Europa, al decir del cicerone.

No son menos notables los púlpitos que rodean completamente los dos pilares próximos al altar Mayor. Son de bronce dorado, y están sostenidos por grandes cariátides. En la parte alta se ven los cuatro Evangelistas y los cuatro Doctores de la fe.—Esta maravillosa obra se debe á los cardenales San Carlos y Federico Borromeo.

La famosa Estátua que representa á San Bartolomé, desollado, de que todos habréis oído hablar, es una obra de gran paciencia, que revela profundos conocimientos anatómicos; pero está muy lejos de ser una escultura interesante,—quiero decir, artística, en el sentido elevado de la palabra.

Mucho más bello me ha parecido un colosal Candelabro de siete brazos, del mejor estilo gótico, entre cuyas primorosas labores, que imitan follaje, se ven innumerables diminutas estatuas. Este candelabro se llama el Árbol de la Virgen.

Pero el gran prodigio de la Catedral; su más importante obra y el centro de la piedad milanesa, es la Capilla Subterránea en que descansan los restos mortales de San Carlos Borromeo. Esta Capilla está toda cubierta de bajo-relieves de plata. El sepulcro es del mismo metal y de cristal de roca, y deja ver el cuerpo del Santo, vestido de pontifical. Diez y seis millones de reales se han gastado en adornar a-

quella sepultura, que es al mismo tiempo un santuario, y en que no se sabe qué admirar más, si el gusto artístico ó la fastuosa riqueza que brilla por todas partes.

Finalmente, en el Abside se ve el Sepulcro de Mariano Caraccioli, famoso cardenal, que tuvo la gloria de coronar á Carlos V.—“*Qui primam Carolo V Imp. ad Aquasgrani coronam imposuit,*” dice una cláusula de su epitafio.....

En cuanto al antiguo y célebre Tesoro de la Catedral, tan saqueado por los innumerables conquistadores que han dominado este país, todavía ostenta algunos objetos de gran valor; entre ellos, dos Estatuas de plata, una del mismo San Carlos, de 100 libras de peso, y otra de San Ambrosio, de 125; una Paz de oro, más preciosa aún por su trabajo que por la materia en que está cincelada, y un Frontal de plata maciza, también de mucho precio.” (1)

Después de recorrer el interior de la catedral donde no hallé las maravillas que imaginaba, subí la famosa escalera de 486 gradas: afortunadamente tiene varios descansos, que es indispensable aprovechar, tanto para reponerse, como para ir gozando las hermosas perspectivas que se presentan después que se ha adelantado en la subida. Las agujas ó pequeñas torrecitas que bordan las numerosas cumbres de la catedral, están colocadas simétricamente, y presentan una elevación proporcionada: sobre ellas se levantan multitud de es-

(1) Alarcon.

tátuas de santos personajes, y de otro alguno que no lo fué: el primer Napoleon, que segun dicen, pagó los gastos del frontis de la insigne Catedral, y el Cabildo en reconocimiento, puso su estatua, con un pararrayos en la mano, sobre una de aquellas agujas. Napoleon que aquí se mostró piadoso, extrajo de la Basilica de San Antonio en Padua, 3,600 libras de plata, y del Santuario de Loreto la pequeña suma de 15 millones de escudos romanos: y no son estas las únicas iglesias de Italia, que tienen que quejarse del bravo general.

Son 116 las agujas que tiene la catedral, faltando todavía 19.

Desde la altura donde me encontraba, veía toda la ciudad como extendida á mis piés: presenta una área, casi circular, teniendo por centro el Duomo como aquí se nombra la catedral.

Algunos momentos estuve contemplando aquel interesante panorama. ¡Oh, si como los milaneses tienen su gloria en este templo, tuvieran en él su corazón y fuera Dios el centro de todos sus afectos, serian entónces dichosos; pero ved ese inmenso gentío que va y viene y cruza por las plazas y las calles, que inunda los paseos, asiste á los teatros, y del dia á la noche se divierte; y despues volved vuestros ojos al templo, y lo hallaréis vacío. En efecto, la catedral y las demas iglesias que visité las encontré desiertas: contadas eran las personas que asistian á ellas: parece que esta ciudad conserva sus iglesias, nada más como recuerdos de pasados tiempos.

La iglesia de San Ambrosio donde se conserva incorrupto el cuerpo de este Santo, es notable por su antigüedad, no por su belleza; existe aun el púlpito donde predicaba aquél prelado. Aquí el que fué despues San Agustin, oyó los elocuentes discursos de Ambrosio, que al fin, con la divina gracia, lo hicieron, al primero entrar en el seno de la Iglesia.

Á la puerta de este templo, detuvo San Ambrosio, al Emperador Teodosio, cuyas manos estaban todavía manchadas con la sangre derramada en Tesalónica. Teodosio no hallándose contento con semejante agasajo, dijo al que lo detenia, que tambien David habia sido adúltero y homicida.—Ya, pues, que como él habeis cometido un gran crimen, imitad la penitencia, que hizo, replicó San Ambrosio. El Emperador se sujetó y obedeció al santo.

Esta iglesia no está adornada, ni limpia, ni es bella; dejémosla dije á mi buen compañero Avelar, y vamos á San Alejandro. Al salir de San Ambrosio entraba un fúnebre consejo, que traia el cadáver de una jóven, descansando en rico ataud, del cual colgaba por detras, un cándido velo, indicando que la difunta se habia conservado en la niñez. El acompañamiento lo formaban multitud de señoritas y señoras, las primeras con túnico negro y velo blanco; y las segundas con el velo negro lo mismo que el vestido. Aquí los entierros se hacen públicamente y con acompañamiento de los sacerdotes.

La Iglesia de San Alejandro está aseada, sobre car-

gada de oro y muy adornada. Se nos dijo que era una miniatura de San Pedro de Roma: muy léjos está de serlo, y con esto sólo pierde todas sus gracias, si acaso tiene alguna. Por lo de mas, es recogida y devota, lo mismo que Santa Maria de la gracia, sin embargo de lo que ha dicho en un sentido contrario, otro viajero.

Esta última iglesia es tambien rica, y está aseada, tiene muchos frescos, pero muy maltratados por el tiempo; se construyó en 1463. Cantaban los padres dominicos el oficio divino, cuando yo visitaba su iglesia; y con nosotros que éramos tres, á más de los padres, habria seis personas en el templo.

La pequeña iglesia de San Sático, contiene de particular, una bella escultura de la Santísima Virgen teniendo en sus brazos el cuerpo del Señor, despues de muerto. Es de Caradoso: sólo nos chocó que Nuestra Señora estuviese como desmayada.—Esta iglesia tiene ricas colgaduras de terciopelo, y un bautisterio decorado por Bramante. Es muy devota, pero en ella reina como en las demas, una melancólica y penosa soledad. ¿Para qué quiéren estos buenos templos, los milaneses, si no los visitan? Mas ¡ay dolor! ignoraba todavía que semejante pregunta tendria que repetirla en otras ciudades de Italia, incluso las muy piadosas de Padua y Asís.

Dejemos las iglesias y encaminémonos al Cementerio Monumental: este edificio es muy vasto, está muy atendido por el gobierno civil, y se divide en tres secciones, porque es para los católicos, los protestantes y los

judíos: no visitamos sino la seccion que corresponde á los primeros. La entrada de esta parte, está formada por un gran patio, al que siguen tres arcos que comunican con el campo mortuario: éste se halla dividido en grandes cuadros donde, con órden y simetría se levantan, ó están señaladas las tumbas: hay entre éstas, verdaderos monumentos de exquisito gusto: todos ellos de mármol blanco: aquí encontraréis una doliente mujer, que sentada junto al sepulcro de su esposo, con la mano puesta en la mejilla, la mirada fija sobre la tumba, os hace creer que va á exhalar un suspiro ó á derramar una lágrima. Más adelante descúbrense graciosos niños que alzan sus alas y quieren volar á los cielos, sin haber llevado, ninguna arruga en el rostro, ninguna pena en el alma. Ved allí esa estatua de inteligente mirada; de noble y ancha frente: está levantada á la memoria del arquitecto que comenzó el cementerio. Un dia que estaba levantando un arco, cayó de los andamios, y la tierra, allí mismo, se abrió bajo su cuerpo, para darle honrosa sepultura.

Llamábanos la atencion el ver la destreza con que los milaneses trabajan el mármol: sobre todo, los vestidos de las estatuas, están tallados con perfeccion admirable: los bordados, los pliegues flotantes y las composturas que los adornan; no se halla á cuál de estas cosas darle preferencia; y es tanta la ilusion, que os acercáis á tocar el insensible mármol. El cementario está adornado tambien con muchos árboles que forman calles y van costeano los cuadros en que están

divididas las tumbas. Hay, además, en este cementerio, algunos corredores con sepulcros para familias acomodadas, los cuales están muy decentes y hasta con lujo.

Nos quedaba todavía por ver, el Crematorio, que está en un extremo del cementerio. El Crematorio es un elegante edificio, no muy antiguo: hay en él dos hornos de sistemas diversos, para quemar los cadáveres. Yo no entré sin asco y displicencia en este edificio, donde se ve una camilla que recibe el cadáver, con sólo la ropa interior; después se arrastra la camilla sobre una mesa donde lo deja; se saca la camilla y se cierra la ventana por donde lo habían metido, y comienza la cremación, ó bien por medio de gaz, la cual dura 40 minutos, ó con leña: la primera importa 20 pesos; la segunda es más barata. Concluida la operación se recogen las cenizas y se depositan en una pequeña cajita llamada, urna cineraria. Los huesos quedan enteramente calcinados.

Salí del crematorio, no convertido en ceniza, pero sí con malestar y desagrado: me había impresionado tristemente todo aquello; y aunque nuestro cicerone quería persuadirnos que era mejor la cremación que ser comidos por los gusanos, no nos entró su modo de pensar. Y el sentimiento de horror y desagrado que traíamos, aumentaba en nosotros pensando que la cremación resucitaba, al parecer, el espíritu pagano, y quería debilitar la esperanza de volver á la vida en la resurrección general. Ved, parece que el mundo nos dice, el espíri-

tu se ha desvanecido, y este polvo lo disiparéis con el aliento. Y aunque esto mismo puede decirse pasado tiempo, de los cadáveres entregados al sepulcro, que no han entrado en la cremación, todo lo dicho se presenta en ésta, sin dilación, en los momentos del dolor en los cuales, tal procedimiento, puede llevarnos á las más tristes y funestas consecuencias aunque no tan lógicas que digamos.

Respecto de las milanesas, bien descritas estas marmóreas señoritas, por Alarcon: "He oído tachar á estas bellezas, nos dice, de demasiado fuertes, muy huesudas y pesadas y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contempla de cerca... su misma pesantez marmórea, les da un aire grandioso, monumental, estatuario que carece de la exquisita insinuación de la gracia." Lo único que nos sorprende en el insigne viajero, es que no haya visto en ellas, lo que también las distingue de las demás italianas; y es el ser muy curiosas; llama, en efecto la atención, el ver cómo vuelven la cabeza á todos lados y buscan con los ojos cuando pueden cuanto ver. ¿Qué buscarán estas criaturas? ¿Algo en qué divertirse, ó algún amante que se ha escapado de sus redes? No se inquieten por esto, que si uno ha huido, otro vendrá para ocupar su lugar.

Las milanesas no visten con la gracia de las parisienas, ni tienen su airoso y ligero andar, ni frecuentan tanto las calles.

Habíamos pasado ya tres días en Milan y teníamos que continuar nuestro viaje: tomamos, pues,